

El caos hace la tradición

Alma Rivera

“Mira, embárrala con la cuchara para que esté lisa”, explicaba pacientemente mi mamá cuando yo no podía alisar la masa en la hoja. “¡Pero, Mom! No puedo porque lo tengo que hacer yo”. La mirada que me daba mi mamá era para decir: si las miradas pudieran matar. Y seguía con la frase que cada año me decía para recordarme: “¿Cómo te vas a casar, si no puedes cocinar?” Es el principio de una noche de protestas, gozo y rica comida que crea el ritmo de la reunión.

Cada año para la Nochebuena, la casa de mis padres se llenaba de risas, alegría, recuerdos y de amor. El vapor de las ollas empañaba las ventanas creando la imagen de una noche de invierno helada; nuestros gritos de júbilo se escuchaban por cada rincón de la casa, y el olor de los platos tradicionales mexicanos llenaba el aire; era una noche inolvidable. Los piecitos y las risas infantiles se oían por la casa, pero la voz profunda de mi papá los detenía en sus pistas para rechazarlos, mandándolos la sala de abajo.

Tantas ollas llenaban la estufa, el horno y donde cupieran que parecía un servicio de comidas de un evento. Desde el mediodía, mi mamá nos traía locas haciendo mil cosas. Con tanta acción en un día, mi hermana y yo protestábamos expresando llantos como: “Ya me quiero sentar”, o “Mejor quiero comer en McDonald’s para no seguir haciendo estas sopas”. Nos quejábamos tanto que mi mamá perdía su paciencia y nos callaba diciendo: “Dejen de fregar, sino no hay regalos!” Nos mirábamos con pánico y bajábamos la cabeza sin decir nada más; seguíamos ayudando.

Tradicionalmente los regalos se abren a la medianoche, pero en esta familia, animábamos a los pequeños para “accidentalmente” abrir un regalo, creando así el efecto dominó que no teníamos más remedio que abrirlos temprano. Siempre funcionaba cada año, pero creo que mis padres se dieron cuenta y se sujetaron a dejarnos hacer nuestros trucos.

Todos listos para comer, nos sentábamos en la mesa que parecía buffet para la familia real con platos de tamales de chili rojo, arroz con vegetales, panecitos del horno, varias sopas frías, costillitas y puré de papas. Los platos llenos de colores, las sonrisas que iluminaban el comedor y el eco de las carcajadas por la casa creaban parte de la tradición, pero las quejas, el ruido, y el tiradero completaba la tradición caótica de nuestra familia.